CAPITULO XIII.

De la fundacion del quinto Monasterio, que fué san José, en Toledo.

No estuvo holgando la Madre Teresa de Jesus los pocos dias que estuvo en Avila, ni aun en el camino que desde allí hizo á Toledo, sino ocupada en dar órden cómo se hiciese algun Monasterio de Descalzos. Pero porque destas fundaciones tengo de tratar de una vez y poner todo junto lo que toca á la Madre, no quiero ahora cortar el hilo de las que iba contando de las monjas, hasta que venga tiempo y lugar conveniente para decir de las de los frailes. El principio de la fundacion del Monasterio de Toledo, fué desta manera: Habia en Toledo un hombre honrado y siervo de Dios, mercader, llamado Martin Ramirez, rico y sin hijos, porque nunca se casó, y deseaba de su hacienda dejar alguna memoria para servicio de nuestro Señor. Y á lo que él mas se inclinaba, era á dejar ciertas capellanías en una parroquia de aquella ciudad. Estando este para morir, le fué á visitar el Padre Doctor Paulo Hernandez, de la Compañía de Jesus, hombre muy religioso y letrado, que conocia á la santa Madre, y la habia confesado cuando fué á Toledo para la fundacion de Malagon, y habia quedado desto con tanta estima de su prudencia y santidad, que decia despues: La Madre Teresa de Jesus es muy gran mujer de las tejas abajo, y de las tejas arriba muy mayor. Fuele, pues, á ver este Padre,

porque deseaba mucho que hubiese en Toledo Monasterio de Descalzas, y díjole, si deseaba servir á nuestro Señor con su hacienda y dejar buena memoria, cuán buena ocasion se le ofrecia para ello, pues podia hacer un Monasterio de Descalzas, que seria de gran servicio de Dios, y poner en él las capellanías que queria. El estaba ya tan malo, que entendió no ternia el tiempo que era menester para concertar esto, y así lo dejó en manos de su hermano Antonio Alvarez Ramirez, hombre discreto y temeroso de Dios, y de mucha verdad, y limosnero, para que hiciese en eso lo que mas juzgase convenir al servicio de nuestro Señor. Murió Martin Ramirez estando la Madre en la fundacion de Valladolid, y allí recibió las cartas del Padre Paulo Hernandez y de Alonso Alvarez, en que le decian lo que pasaba, y que si queria admitir aquella fundacion, viniese luego á ella. Por esta razon se partió tan presto, como habemos dicho, de Valladolid, y llegó á Toledo á veinte y cuatro de marzo de mil quinientos sesenta y nueve, víspera de la sagrada Encarnacion del Hijo de Dios y Señor nuestro. Fuese á apear á la casa de doña Luisa de la Cerda, fundadora del Monasterio de Malagon, de quien fué muy alegremente recebida, porque la tenia grande amor. Llevaba consigo dos compañeras que sacó de san José de Avila, que fueron la Madre Isabel de santo Domingo, y Isabel de san Pablo, y diéronlas luego un aposento como solian, á donde estaban con el recogimiento que en un Monasterio. No perdió tiempo la Madre: luego comenzó á tratar de su negocio con Alonso Alvarez, con quien lo acabara presto; pero quísola el Señor ejercitar un poco primero por medio de un yerno de don Alonso Alvarez, de quien él hacia mucha cuenta en aquel negocio. Pedíala por consejo deste muchas condiciones, que á ella no estaban bien, y andaban en los conciertos, y juntamente buscaban alguna casa alquilada para tomar la posesion, y no se hallaba. Entretanto la Madre procuraba licencia del gobernador, que no habia entonces Arzobispo, y gobernaba el arzobispado el Licenciado don Gomez Tello Giron. Pero no se hacia nada de lo que ella pretendia. La licencia no se podia haber

del gobernador, aunque lo deseaban y procuraban doña Luisa de la Cerda por una parte, y por otra don Pedro Manrique, hijo del Adelantado de Castilla y canónigo de Toledo, que pocos años despues entró en la Compañía de Jesus, donde acabó santamente. Y cuando estaba un poco blando el gobernador, contradecian los del consejo del arzobispo. Por otra parte, no se podia concertar con Alonso Alvarez, antes vino á desconcertarse del todo. Así se vió la Madre, despues de su camino y gasto que en él hizo, y despues de mucho trabajo y mucho tiempo gastado, que habia ya mas de dos meses que se trataba, sin hacienda para fundar, y sin casa, y sin licencia. No sabia qué se hacer, ni queria volverse; todo la daba pena; pero lo que mas se la daba, era no tener la licencia; porque teniéndola, esperaba en Dios que todo se habia de hacer. Para haberla, no curó de buscar mas rogadores, porque entendió que habia quien de secreto pusiese mal corazon al gobernador, sino ella misma se fué á una iglesia junto á las casas del mismo gobernador, y envióle á suplicar que tuviese por bien hablarla. El vino allí, y con ser la Madre tan humilde y mansa como era, y él hombre tan grave y puesto en tanta dignidad, hablóle con una grande y santa libertad desta manera: «Mas há de dos meses, señor, que vine á esta ciudad, no para verla ni holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y bien de las almas, y hacer á su Magestad en esta ciudad tan ilustre el servicio que en otras algunas le he hecho, de fundar un Monasterio de monjas Descalzas que guarden la primera regla de la órden de nuestra Señora del Cármen, y para eso traigo monjas conmigo. Cosa era digna de las muchas letras, y virtud, y dignidad de V. S., favorecer á unas mujeres pobres para cosa tan santa, y animarlas para que pasen adelante, pues le tiene Dios puesto en ese lugar. No lo he visto así, porque en tanto tiempo, ni la autoridad de los que han pedido la licencia, ni la justicia tan clara de nuestra causa, han bastado á acabar con V. S. que la diese. Cosa recia es sin duda que á unas pobres monjas, que no pretenden mas que por amor de Dios vivir en tanto rigor y

perfeccion y en encerramiento, no haya quien las quiera ayudar; y que los que no pasan nada desto, sino están en regalos y viyen á su voluntad, quieran estorbar obra de tanto servicio de Dios. Por cierto casas tenemos á donde vivir, y si nos volviésemos á ellas, poco podríamos aventurar, pues no tenemos que perder en este mundo; pero V. S. vea lo que podria perder esta ciudad, y cuán á su cuenta seria. Si esto por V. S. se dejase de hacer, estudie cómo se podria disculpar, cuando esté delante del acatamiento de Jesucristo nuestro Señor, por cuyo amor y voluntad habemos venido, que yo no veo con qué se pueda V. S. descargar, si estorba cosa tan agradable al Señor, estando puesto por él para ayudar con todas sus fuerzas á todo lo que es servicio suyo.» Con estas razones y otras muchas que dijo con la libertad y ánimo que entonces la puso Dios, movió al gobernador de tal manera, que antes que della se apartase, la dió la licencia, aunque no como ella la queria, sino con condicion que ni tuviese renta, ni patron, ni fundador. Con esto quedó tan contenta, que la parecia lo tenia ya todo. El caudal que tenia para fundar el Monasterio era de tres ó cuatro ducados, y sin esperar á juntar mas, ni querer guardar estos, compra dos imágenes de lienzo para el altar (este era el aderezo de la iglesia), y dos gergones y una manta, que era el ajuar del Monasterio. De casa no habia memoria, con Alonso Alvarez ya estaba desconcertada. Habia allí un mercader, siervo de Dios, que siempre entendia en obras pias, llamado Alonso de Avila, que la conocia, y la habia prometido de buscarla casa, y este entonces habia caido malo y no podia hacer nada. Pero el Señor, que nunca la faltaba, la proveyó de casa por donde nadie pensara que se habia de hallar. Vino aquellos dias allí el Padre Fray Martin de la Cruz, de la órden de san Francisco, varon religioso, y que deseaba ayudar á la Madre, y cuando se fué embíala un mancebo que llamaban Andrada, no nada rico, á quien él confesaba, para que hiciese lo que ella le dijese. El se fué á ofrecer á la Madre, mostrando su buen deseo, pero declarando lo que en él se echaba bien de ver, que solo con su persona la

podria ayudar. Agradecióle su buena voluntad, pero cayóla mucho en gracia y á sus compañeras mas, ver la ayuda que el padre las embiaba, porque ni su traje era para tratar con Descalzas, ni parecia habia en qué pudiese áyudar, y aun la madre Isabel de santo Domingo se temia no pensase alguno mal de ver aquel mancebo hablar con la Madre, y díjoselo á ella. Respondió la santa con mucha gracia: Calle ahora, ¿que mala ventura han de pensar de nosotras, que no parecemos sino unas romeras? Despues, viendo que no tenia nadie que la buscase la casa con el secreto que habia menester, acordóse de Andrada, y vínola gana de encomendárselo, y díjolo á sus compañeras. Ellas se rieron mucho, y la respondieron que no tratase deso, porque no serviria sino de descubrir el negocio y deshacerlo todo. La Madre no hizo caso de lo que la decian, porque lo llevaba por causas mas altas, y parecíala que por ser embiado de aquel varon santo, no podia dejar de hacer algo, y que no habia sido sin misterio embiársele. Hácele venir allí, y encárgale mucho el secreto, y el buscar la casa, y dice que ella dará fiador para el alquiler, y este echaba ella cuenta seria Alonso de Avila. Tomó Andrada el negocio muy á su cargo, y luego á la mañana, estando la Madre oyendo misa en la Compañía de Jesus, viene á ella, y dice que ha hallado casa, y que allí trae las llaves della, y que cerca estaba, porque era á san Benito, y la podian luego ir á ver. Fué la Madre, y contentóse de la casa, y era tal, que estuvieron un año en ella. Maravillóse mucho desto, y siempre que se acordaba de esta fundacion despues, la duraba la maravilla de ver las trazas de Dios, que lo que en cerca de tres meses, personas ricas, dando vueltas á la ciudad, nunca habian podido hallar, en una tarde lo hubiese hallado este mancebo, y que pudiéndose fundar el Monasterio sin trabajo, como se fundara si se concertara con Alonso Alvarez, no se hubiese concertado, para que fuese la fundacion con pobreza y trabajo, y resplandeciese mas la providencia de Dios. La Madre, como no dilataba las cosas, ni perdia punto en lo que era menester, no via la hora que pasarse á la casa y tomar la posesion del Monasterio, antes que en ella se hiciese cosa alguna, porque no hubiese algun estorbo. Aunque en este tiempo muchas personas de autoridad y religion que la visitaban, la decian que era temeridad ponerse á fundar, sin tener mas fundamento, y que era poner una casa en el aire, y que no pareceria bien poner el Santísimo Sacramento en casa alquilada, y otras cosas que conforme á la prudencia humana iban bien fundadas, mas á ella, que se gobernaba por la divina, no la movian ni la apartaban de su propósito. Antes con mucha diligencia andaba acomodando la casa con cien reales que la prestó una mujer de un mayordomo de doña Luisa de la Cerda, porque no habia quedado con blanca.

Andrada tampoco se descuidaba un punto con el deseo que tenia de servir á nuestro Señor, y ayudar á aquella obra suya, é hizo que muy en breve se desembarazase la casa, y vino á decir á la Madre que llevasen su ajuar. Poco se tardará en eso, señor Andrada (dijo la Madre con alegría), porque como se lleven dos jergones y una manta, ternemos ya llevado todo nuestro ajuar. Las monjas no gustaron mucho desta respuesta, antes la decian, que para qué se habia declarado tanto con él, porque como las viese tan pobres, no las querria ayudar. Pero ni á la Madre la venian esos miedos, ni el siervo de Dios por eso aflojó en lo que podia, antes andaba con un cuidado tan grande, trayendo oficiales y acomodando la casa, que parecia que ellas mismas no le hacian ventaja en el deseo de ver aquello acabado.

CAPITULO XIV.

De cómo se acabó esta fundacion, y de las dificultades que despues hubo en ella, y cómo la acrecentó en todo el Señor.

Hecho todo esto así, buscaba la Madre aderezo para decir misa, y vánse con un oficial á boca de noche á la casa con una campanilla de estas chiquitas, con que se tañe á alzar, que no tenian otra para tomar la posesion. Toda la noche la anduvieron aliñando, pero no habia á dónde hacer iglesia, sino en una pieza que tenia la entrada por otra casilla que estaba junto, y tambien se la habian alquilado, pero vivian en ella unas mujeres á quien no habian osado decir nada, porque no lo descubriesen hasta que estuviese hecho. Ya que todo estaba á punto, y queria amanecer, comienzan á romper un tabique para abrir la puerta de la iglesia. Las mujeres, que estaban durmiendo y tan descuidadas, como oyeron golpes, levántanse despavoridas y enojadas, y hubo harto que hacer en aplacarlas, y aunque estuvieron recias, en fin se sosegaron viendo lo que era, con algunos dineros que la Madre las dió, y comprometerlas á que las buscaria casa, y no hicieron daño ninguno. Como las tuvieron sosegadas, tuvieron á punto al Padre Fray Juan de la Magdalena, Prior del Cármen, que dijese la misa, y tañen á ella con su campanita, y tómase por testimonio; y con esto se tomó la posesion, dia de san Bonifacio, mártir, á catorce de mayo

del mismo año de 1569; púsole el mismo nombre de san José que á los demás que habia hecho. Y el mismo dia se habian temido muchos que se habia de hundir la ciudad, por un vano pronóstico que en ella andaba algunos antes, y habíanse confesado y comulgado para esperar lo que viniese. Bien se puede ver la admiracion de los que viesen á la mañana aquel nuevo Monasterio, y lo que en toda la ciudad de aquello se diria, y cómo el miedo á muchos se mudaria en devocion, viendo la ciudad no hundida, sino acrecentada con el nuevo Monasterio. Mas que los otros se maravilló el dueño de la casa, que era una señora, mujer de un mayorazgo, cuando vió su casa hecha en dos palabras Monasterio, sin haber ella sabido antes nada: maravillóse y enojóse mucho; pero con la esperanza de que se la pagarian bien, si las contentase, se aplacó. Los oidores del Consejo del Arzobispo, cuando vieron hecho el Monasterio, para quien nunca habian querido dar licencia, enojáronse en estremo, y como no estaba allí el gobernador, porque se le habia ofrecido cierto camino despues de haber dado la licencia, estaban muy bravos, y decian que estaban espantados del atrevimiento de una mujercilla, que contra su voluntad les hubiese hecho un Monasterio, y hacian grandes amenazas. Volvia por ella un canónigo, y decia que eso mismo habia hecho en otras partes, y que no seria sin recaudos bastantes. Ellos quisieron saber esto, y de allí á pocos dias mandan, so pena de escomunion, que no se diga misa en el Monasterio hasta que muestren los recaudos con que se ha hecho. No se turbó nada la Madre con aquel mandato, sino con la misma libertad con que habia hablado al gobernador, les respondió á ellos que haria lo que la mandaban, aunque no estaba obligada en obedecerles en aquello Y rogó á don Pedro Manrique, que les fuese á hablar y mostrase las patentes que tenia de sus Perlados. La licencia habíala dado á la Madre el gobernador, no por escrito, sino de palabra, y como él no estaba allí, púsola esto en cuidado. Pero el Padre Fray Vicente Varron, de la órden de santo Domingo, que la conocia mucho y habia hablado desta fundacion con el

gobernador, tenia alguna noticia de lo de la licencia, y habló á algunos del Cabildo. Con esto y con los buenos intercesores, y con estar ya el negocio hecho, se allanaron los oidores. Ya estaban en paz en su casita, pero con harta necesidad, porque no habia mas ropa en ella de los dos jergones y la manta. De noche pasaban mas, porque acertó entonces á hacer frio, y no tenian leña; acostábanse en los jergones, y con la manta y sus capas de sayal se abrigaban como podian. El dia que se tomó la posesion, la fiesta que se hizo y la comida que tuvieron fué de alguna sardina; pero la cocinera estaba bien desocupada, porque ni una astilla ni cosa semejante de leña habia para asarla, hasta que vieron despues un hacecito de leña en la iglesia, de que las proveyó el Señor sin saber ellas por quién, y despues algunos dias, si se habia de hacer algun huevo, era menester buscar la sarten prestada, y la sal se molia con un guijarro envuelto en un papel, y conforme á esto iba lo demás. Una noche de aquellas habia la Madre frio, y dijo que la echasen alguna ropa. Sus compañeras, con mucha risa la respondieron que no pidiese mas ropa, pues tenia toda la que habia en casa, que eran sus capas, que despues lo reia harto la Madre. Paréceme que se maravillará quien esto fuere leyendo, cómo estaba la Madre tan pobre, estando en Toledo aquella señora tan rica y tan principal, que tanto la queria, y no será la maravilla sin razon. No fué otra la causa, sino querer Dios que aquellas siervas suyas viesen por esperiencia qué cosa era ser pobres por su amor, y qué tesoros hay en esta pobreza, para que los manifestasen á quien no los conoce. Y así hizo que ni la Madre pidiese cosa á doña Luisa, que era muy enemiga de pedir, ni ella cayese en que podrian pasar necesidad, que las socorriera muy cumplidamente si lo entendiera, como lo hacia en todo lo que entendia era menester. El Señor bien lo advertia y pasaba por ello por hacerlas mas ricas, y así andaban con una alegría interior y esterior tan grande, que no cabian de placer. La Madre andaba en todo aquel tiempo con la devocion y consuelo que aquella pobreza la causaba, como en

una suave contemplacion. Mas duróles poco esta necesidad, ó por mejor decir, esta riqueza, porque Alonso Alvarez y otras personas devotas las fueron proveyendo mas de lo que ellas quisieran, y andaban sin aquella alegría que antes las traia la pobreza, tanto, que se lo echó de ver la Madre en el rostro, y las preguntó por qué andaban así mústias, y le respondieron: «¿Qué habemos de hacer, Madre, que ya no parece somos pobres?» Con lo que via y oia Alonso Alvarez, le tornó el Señor á renovar la devocion, y trató de concertarse con la Madre, y á ella la pareció seria bien darle la capilla mayor para entierro suyo y de sus descendientes, y que en el Monasterio, pues se habia ya fundado sin él, no tuviese cosa ninguna. Pero para eso tenia grandes contradicciones de muchos, que la decian no convenia dársela, porque aunque eran gente de bien, no eran ilustres ni caballeros, y que en una ciudad tan principal como aquella no faltaria una persona tal, que tomase la capilla mayor. Y lo que entonces la decian para la capilla, la decian luego al principio, para que no le admitiese por fundador por la razon dicha. La Madre bien desengañada estaba, porque siempre hizo ella mas caso de la virtud que del linaje; pero habian ido tantos al gobernador sobre el negocio, que cuando la hubo de dar la licencia fué con esta condicion, que fundase ella como en otras partes. Cuando ella andaba en esto de dar la capilla mayor, salió una persona principal que la queria, y con esto daban mas priesa á la Madre, y no sabia qué hacer. Desta duda la sacó Jesucristo nuestro Señor, porque la declaró el poco caso que delante de Dios se hacia de linajes y estados, y la reprendió mucho, porque habia dado oidos á los que la hablaban en esto. Las palabras mas sustanciales desta revelacion escribió ella despues en un papel, que yo tuve en mi poder, el cual por defuera tenia esto escrito:

«Esto era sobre que me aconsejaban que no diese el enterramiento de Toledo de que no era caballero.» Y por dedentro decia: «Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo; pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él. Por

ventura, ¿serán los grandes del mundo grandes delante de mí? ¿O habeis vosotras de ser estimadas por linajes, ó por virtudes?» En fin, le dió la capilla mayor sola, y cuán acertado haya sido, bien ha parecido despues, porque con su ayuda se compró la casa, á donde cumplido el primer año se pasaron, que era de las buenas de Toledo, y costó doce mil ducados. Y como dejó Alonso Alvarez tantas misas y fiestas que se hiciesen, es mucho consuelo para las monjas, y tambien para los del pueblo. Así fué Dios ayudando mucho á este Monasterio, así en darle lo necesario de lo temporal, como en traer personas, á quien enriquecia con sus espirituales dones. Luego, en tomando la posesion, envió por monjas, y vinieron de la Encarnacion doña Catalina Yera y doña Juana Yera, que se llama Juana del Espíritu Santo, hermanas y de gente muy principal de Avila, y doña Antonia del Aguila, y Isabel Juarez. De estas solo ha quedado la madre Juana del Espíritu Santo; las demás, y otras algunas que salieron de la Encarnacion, se volvieron, algunas por indisposiciones, otras por no sentirse con fuerzas para la nueva vida que habian tomado. Y así la santa Madre mandó en sus constituciones que no se admitiesen monjas de otros Monasterios, ni de las mismas del Paño ó regla mitigada, y en teniendo ella monjas de las suyas, dejó de sacar de la Encarnacion. Trajo tambien de Malagon á Ana de Jesus y á Isabel de san José, de manera que con dos novicias que habian entrado, dejó la Madre siete monjas en Toledo, cuando hubo de partir de allí. Antes de pasar un año despues de la fundacion, entró en él una monja llamada Ana de la Madre de Dios, de edad de cuarenta años, que habia gastado su vida en servicio de Dios, y era rica, y en su casa tenia mucho regalo y poca salud. Despues tuvo buena salud y ningun regalo, sino mucha penitencia. Fué tanta su devocion, que antes de la profesion hizo donacion de todo lo que tenia al Monasterio. A la Madre pesó desto, y no lo queria consentir; decíala, por probarla, que no se sabia si despues la admitirian á la profesion, y que siendo esto qué habia de hacer. Respondió que

cuando en eso se viese, lo pediria por amor de Dios; pero una por una, que su hacienda (que era mucha) habia de ser del Monasterio, y no bastó con ella nada para que hiciese otra cosa. Habia tanta obediencia en esta casa (y lo mismo en las demás), que burlando que la Priora dijese la cosa, sin mirar mas estaba luego hecha. Estando cabe una balsa de agua, una monja entendió que la Priora queria que se echase en ella: no lo hubo ella dado á entender, cuando la monja estaba dentro. Tambien aconteció aquí una cosa á la Madre, muy digna de memoria. Estaba una monja muy al cabo, y con esto llena de alegría, y entrándola á ver la Madre, que venia del coro, donde habia estado delante del Santísimo Sacramento suplicando á nuestro Señor la diese buena muerte, vió á Cristo nuestro Señor á su cabecera, en mitad della, con los brazos algo abiertos, como que la estaba amparando, de la manera que se apareció á santa Gertrudis estando una vez muy al cabo. Y dijo á la Madre que tuviese por cierto que á todas las monjas que muriesen en estos sus Monasterios las ampararia así, y que no hubiesen miedo de tentaciones á la hora de la muerte. Esto se entiende de las monjas que vivieren conforme á su regla y constituciones. Y lo que dice de tentaciones, es que no teman tentaciones que las perturben mucho, ó las hagan morir con desasosiego que sea algo notable. Desde entonces miró la Madre en esto en todas las que morian, y vió que así esta de quien hablamos, como todas las demás morian con una quietud grande, como si estuvieran muy recogidas en oracion. Tambien se acaba de ver lo mismo, cuando esto escribo, en la gran sierva de Dios María de la Cruz, verdadera hija de la Madre Teresa de Jesus, de quien hablé al fin del libro primero, y dije que fué una de las cuatro primeras que admitió la Madre en su primer Monasterio. Murió de un dolor de costado en Valladolid, á veinte y tres de hebrero, año de 1588, habiendo vivido en la religion veinte y cinco años con grande ejemplo de toda virtud, y señaladamente de caridad y obediencia, y humildad y paciencia, sin haber nadie de las que

han vivido con ella lo mas deste tiempo, que se acuerde haber ella jamás dado ocasion á nadie para que se pudiese quejar. Estaba con tan gran deseo de morirse, que no podia creer que habia de ser, y decia que si acá quedaba, de solo pesar de eso moriria. Estuvo siempre con mucha paz y sosiego, y así espiró, sin hacer ninguna manera de visaje, y aun sin dar boqueada que se echase de ver. Con no ser hermosa, lo quedó despues de muerta tanto, y con tan gran blancura, que parecia otra, dando el Señor en su cuerpo indicios manifiestos de la gran hermosura que tenia en su alma.

CAPITULO XV.

Del sesto Monasterio de nuestra Señora de la Concepcion, que fundó la Madre Teresa de Jesus en la villa de Pastrana.

Cuando llegó la víspera de Pascua de Espíritu Santo, que era quince dias despues de la fundacion de la casa de Toledo, habia en ellos trabajado mucho la Madre en acomodar la iglesia, y poner redes, y cosas semejantes, y despues de todo esto sentádose á comer en refitorio, la dió un consuelo tan grande de ver que lo tenia ya todo acabado, y que aquella Pascua podria descansar á su placer con nuestro Señor, que casi no podia comer, segun sentia su alma regalada. Estando en esto, la vienen á decir que estaba allí un criado de doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer del príncipe Ruigomez de Silva. Fuele á hablar la Madre, y era que la princesa enviaba por ella para que fundase un Monasterio en su villa de Pastrana, segun entre las dos estaba tratado, aunque la Madre no pensó que fuera tan presto. No la pareció que convenia salir de Toledo, por ser el Monasterio tan recien fundado, y con la contradiccion que habia habido, aunque él hacia grande instancia diciendo, que la princesa estaba ya allá, y no habia ido á otra cosa. La Madre via que era menester contentar á Ruigomez y á la princesa, por cierto respeto que importaba mucho para el servicio de Dios (que era porque tenia la órden mucha necesidad del favor del rey para